bia acojido á los beneficios del convenio de Vergara, y por lo tanto el Principado estaba casi libre de facciosos. Cabrera esperó al duque de la Victoria en Berga, donde tuvo lugar una terrible batalla que humilló el fiero orgullo del general carlista.

Falto ya de esperanza y conociendo que su causa estaba totalmente perdida, Cabrera abandonó á Cataluña, penetrando en Francia el dia 6 de Junio de 1840, acompañado de Forcadell, Llangostera y demás jefes que aun se defendian en el Principado y seguido de más de veinte mil hombres que tan afectos le eran, que hasta la emigracion quisieron seguirle. Con él desapareció el último estandarte y la postrera esperanza del partido de D. Carlos, respirando España libremente despues de una fatigosa y tremenda lucha de siete años en que hermanos contra hermanos se habian batido con encarnizamiento por saber qué señor les habia de mandar. ¡A tal estremo suele llevar á las naciones la ceguedad política!...

Tiempo era ya de cerrar las dolorosas llagas que durante siete años estuvieron manando sangre en la desventurada España: tiempo era ya de que se levantaran de su dolorosa postracion la industria, el comercio y la agricultura olvidadas y abandonadas por completo en el largo espacio que duró la guerra; los daños que esta ocasionó son incalculables y la imaginacion no puede siquiera medirlos.

La causa de la libertad salió al parecer triunfante de tan espantosa guerra; así se creyó entonces, así se pregonó. Los fanáticos partidarios de D. Cárlos fueron en efecto vencidos; ¿pero no quedaban otros enemigos de la libertad? Quedaban por desgracia otros tal vez más temibles, puesto que se disfrazaban con el nombre de amigos; derribado el añoso y carcomido tronco, quedaba la raíz escondida en la tierra; aquella raíz funesta que plantó Felipe V en el suelo español. Tras de D. Cárlos, como hemos visto, huyó tambien Cristina; parecia que ya nada tenian que temer los liberales, puesto que aquellos dos terribles enemigos, no pisaban tierra española. En Madrid quedaba sin embargo la funesta herencia del desleal Fernando VII: aun debia derramarse en España mucha sangre y verterse muchas lágrimas, antes que la tiranía fuese esterminada y consolidada la libertad.

(c) 2009 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación